

La dimensión del horror

COBAS CARRAL, A. (2024). *Narrar la ausencia. Escrituras de Hijos e Hijas de militantes argentinos de los 70*. Buenos Aires, Corregidor, 385 pp.



Adriana Amante

Instituto de Literatura Hispanoamericana-ILH, Facultad de Filosofía y Letras,
Universidad de Buenos Aires.

No le faltan a la literatura argentina textos que narren la violencia política. Recordamos, seguro, “El matadero”, de Echeverría; tanto como *Operación masacre*, de Rodolfo Walsh. No le faltan a la literatura argentina libros que trabajen con la genealogía. Probablemente recordemos también el cuadro genealógico de Sarmiento en *Recuerdos de provincia*. No le faltan a la literatura argentina libros que busquen dilucidar un enigma, evocando la sombra de algún fantasma, aun si terrible. Y entonces pensamos, inevitablemente, en el *Facundo*.

Después de la última dictadura militar, no le seguirán faltando a la literatura argentina –justamente *a causa de* esa dictadura militar– libros que sigan narrando las marcas que deja en los cuerpos la violencia política, libros que reorganicen las líneas enrevesadas de la genealogía, libros que evoquen, invoquen o convoquen fantasmas –aun si con temor– para que expliquen el enigma de la Argentina.

Eso hacen también las obras literarias producidas por hijos e hijas de militantes desaparecidos de la última dictadura en la Argentina que Andrea Cobas Carral analiza en *Narrar la ausencia*. Y, en muchos de los casos, son esos mismos núcleos *pero todos juntos* los que estructuran los libros que Andrea Cobas Carral analiza en *Narrar la ausencia*.

Recuperemos la materialidad del subtítulo: *Escrituras de Hijos e Hijas de militantes argentinos de los 70*. Porque Cobas Carral es clara desde el principio: es la escritura o, mejor, es “el carácter performativo de la escritura” lo que “se vuelve explícito en estos relatos: decir en la escritura es empezar a hacer el trabajo de duelo”.

Y, en eso que se dice, es claro que incluye lo que no se dice quizás porque *no se puede* decir, o porque *es difícil* decir o porque todavía *no es dable* decir (lo que no es infrecuente en el conjunto de obras que analiza). Por eso el libro se ocupa de la “tensión entre decibilidad e indecibilidad” y discurre acerca de lo “inefable”, esto es: lo que no se puede explicar con palabras.

Pero, a la vez, estos textos que Andrea Cobas Carral ha relevado para organizarlos en red (volviéndolos complementarios, pero también poniéndolos en tensión; abordándolos por sí mismos, pero también por los virtuales diálogos que establecen entre ellos), si hay algo que hacen, es decir. O, al menos, *intentan* decir. (Viene al caso tener en cuenta que *fari*, en latín, significa hablar. Y que la mayoría de estos hijos e hijas que narran la ausencia han experimentado un trauma determinante cuando eran *infans*: *in-fans*, *infantes*; o sea, cuando todavía no hablaban).

Pero entonces, ¿cómo y qué puede decir la crítica sobre textos que quieren, que intentan, pero no siempre pueden decir del todo la “experiencia de la pérdida”, el trauma o el duelo? Y cuando me pregunto qué puede decir la crítica pienso en la categoría teórica: la crítica, como esa forma de lectura especializada que indaga los procedimientos para entender los modos en que funcionan los textos y, de ahí, eventualmente derivar algunos de sus sentidos. Pero cuando me pregunto qué puede decir la crítica, pienso también en particular en Andrea Cobas Carral, esta crítica e investigadora que ha convivido más de un lustro con ese corpus de textos producidos por hijos, por hijas, por chicos y chicas atravesados por la pérdida más absoluta, más determinante, que no es solo la pérdida de sus padres, que con eso igual ya sería suficiente, sino con la pérdida de sus identidades, de sus historias, de sus memorias y frente a lo cual no es fácil decir. No es fácil decir algo. No es fácil decir nada.

Narrar la ausencia, el libro de Andrea Cobas Carral propone y sigue algunos ejes: hijas, imaginación, escritura; pérdida; experiencia de pérdida; memoria, biografía, dimensión espectral. Con expresiones o palabras como estas, Cobas Carral va urdiendo su abordaje crítico. Hay más, claro: duelo, archivo, autoficción; militancia, desaparecidos, aparecidas; trauma, genética, Estado; memoria, forense, apropiación; biología, violencia, testimonio; filiación, restitución, restos; reafiliación, imaginación, fragmentos.

Hilvanando esos puntos, *Narrar la ausencia* busca el “hilo conductor del relato”, que en algún caso sigue las huellas de un hilo azul que se cose en la oreja de la recién nacida en cautiverio, con la esperanza de dejar una marca de vida y reconocimiento, como sucede en el libro de Victoria Donda, nacida en la Escuela de Mecánica de la Armada, que se analiza.

Estas expresiones y palabras que recupero, como quien cita, pero también como quien recita (y como quien declama, clama y reclama), son fundantes –creo– del abordaje analítico-crítico que Andrea Cobas Carral hace en su libro; y marcan, como nodos, los momentos de condensación de sentidos que ella organiza para este conjunto de textos (entre otros: *Pequeños combatientes*, de Raquel Robles; *La casa de los conejos*, de Laura Alcoba; 76, de Félix Bruzzone); pero fundamentalmente para la dilucidación de uno de los mayores enigmas de la literatura argentina: ¿cómo decir, no solo la violencia política, sino –decisivamente– *el horror* de la violencia política y la categórica *presencia de la ausencia*?

Esas expresiones y palabras que cité como quien las recita podrían ser las entradas de un diccionario representativo del universo crítico que diseña, en laboriosa urdimbre, el libro de Andrea Cobas Carral, que sabe lidiar, como las obras que analiza y en laborioso equilibrio, con esas escrituras que se quieren literatura al mismo tiempo que se saben también memoria política.

Y al mismo tiempo que analiza los procedimientos (uno de los puntos clave del libro es el análisis del *Diario de la princesa montonera*, de María Eva Pérez), Cobas Carral se deja ver como una crítica literaria que supo construir también laboriosamente el *campo de comprensión* del fenómeno o del problema sobre cómo se narran estas ausencias: lo fue componiendo al indagar, no solo la producción literaria, sino también el campo legal, el saber del psicoanálisis, la filosofía sobre el duelo, la teoría del testimonio, los documentos. Esa laboriosa composición se juega a dos espacios en el libro: en el del cuerpo central del texto y en el de la nota al pie. Y quiero señalar particularmente la importancia de la nota al pie, esa forma discursiva no siempre suficientemente valorada.

En *Narrar la ausencia*, la nota al pie va desplegando una serie de historias de vida, las de las madres y los padres militantes de esos hijos que narran (y de sus redes de contención o militancia, que a veces son sinónimos). Resultado de una minuciosa investigación

documental, abarcadoramente sintéticas, discretamente elocuentes, esas breves historias de vida que Cobas Carral escribe se encadenan como un bajo continuo que sostiene o articula el análisis crítico que se desenvuelve en el cuerpo central del texto. Y creo también que esas notas al pie, en este caso, *articulan*, como se dice de las coyunturas que unían los huesos que unos pocos de estos hijos o hijas recuperarán, aunque ya para siempre *suelos, descoyuntados*, como sucede en *Aparecida*, de Marta Dillon.

Andrea Cobas Carral se encarga de ¿reponer?, ¿completar? las biografías no literarias, las historias de esas vidas que, a causa de la violencia de Estado y por la voluntad de escritura que impulsó a sus hijos, se han convertido en literatura. De este modo, también Cobas Carral se ve ganada por el impulso de la narración, por el deseo de la biografía; o sea: de la escritura de esas vidas. Pero la autora de este libro no solo sabe escribir y sabe leer, también sabe organizar un sistema teórico que le permita entender; y sabe enunciar con firmeza sus posiciones, como hace cuando objeta el estereotipo en que cae *En el nombre de sus sueños*, de Tatiana Sfiligoy y Darío Albín, y lo contrapone a *Ni el flaco perdón de Dios*, de Juan Gelman y Lara Lamadrid; tanto como cuando se planta ante determinadas postulaciones de Beatriz Sarlo o de Hugo Vezzetti. Porque no es solo la literatura de los hijos e hijas de militantes el objeto de *Narrar la ausencia*. También son su objeto los textos críticos que ya se han ocupado de los libros que ella trata; como también estudia la teoría que se ha producido en torno a los problemas que emergen de los libros que ella analiza. Así es como, antes que no poder decir, en su caso logra urdir una trama de argumentaciones que exploran analítica y teóricamente los problemas en cuestión.

Doy un ejemplo: Andrea Cobas detecta y trabaja “la dimensión espectral de la desaparición”. Me parece atinada cada palabra tanto como su combinatoria: desaparición, espectral, dimensión. Porque nos devuelve *la magnitud* del problema, de la experiencia de la pérdida y de las escrituras que intentan decirla. Quiero detenerme en la palabra “dimensión”. Porque, aunque el término implique medida, creo que no admite un *minus*, no admite resta. No, al menos, para el caso argentino. Decir “dimensión” es aludir a *la magnitud*, como se dice de algo significativo, de las cosas verdaderamente grandes, aunque no por grandiosas sino por *monstruosas*. Hablar de “dimensión” produce el efecto de algo grande, sobre todo cuando se enuncia en singular. Porque podríamos hablar de *pequeñas* dimensiones, en plural (como puede decirse de un

espacio pequeño, o sea: de pequeñas dimensiones), pero difícilmente se aplique lo pequeño al singular: porque “la dimensión de lo espectral”, así como la dimensión de la violencia, del horror, de la pérdida, del trauma, *desborda toda medida* (y nótese que de ningún modo quiero decir que *exceda toda medida*).

En uno de los sueños que se narran en el *Diario de una princesa montonera*, de María Eva Pérez, una madre desaparecida *se le aparece* a la hija. Cito lo que dice Andrea Cobas Carral:

La ambivalencia entre la alegría por verla y la desazón que produce ese retorno siempre impredecible es una buena muestra del modo en que opera la dimensión espectral de la desaparición. Fantasmas que toman por asalto al hijo, que siempre vuelven, que dicen, aunque lo único que de eso se entienda es que están diciendo su propia desaparición. (209)

En el análisis que se hace en *Narrar la ausencia*, esa “dimensión espectral de la desaparición” se convierte en una forma interesante de la tautología. Porque en el libro de María Eva Pérez el fantasma retorna justamente para decir que ya no está aquí. Me corrijo, para tratar de seguir más ajustadamente el movimiento del pensamiento de Andrea Cobas, mejor vuelvo a citarla, para que se entienda bien qué implica realmente esa función performativa que ve en la escritura de los hijos e hijas de militantes que hacen literatura y en los que a veces aparecen “[f]antasmas que toman por asalto al hijo, que siempre vuelven, que dicen, aunque lo único que de eso se entienda es que están diciendo su propia desaparición”.

Muchos de nosotros seguramente recordemos que en uno de los cuartos de capucha, en la ESMA, hay una pregunta escrita (montada, en rigor) en el piso. El cuarto –como muchos de nosotros también recordaremos– es de pequeñas dimensiones; pero la *magnitud* de lo que allí sucedió –lo sabemos también– es descomunal. En ese cuarto mínimo, en el piso de ese cuarto mínimo se lee y se dice una de las dimensiones del horror argentino en palabras de Lila Pastoriza que se convierten en una pregunta que representa para siempre el desasosiego colectivo: “¿Cómo era posible que en este lugar nacieran chicos?”.

Es increíble; pero, en efecto, en ese lugar tan mínimo –lo sabemos– funcionó una sala de partos. En esa sala clandestina de partos se las obligaba a parir a las embarazadas secuestradas; y esa sala clandestina de partos fue la vanagloria –también lo sabemos– del

propio director de la ESMA, que se jactaba de la maternidad que había instalado en la institución que tenía a su cargo. Una maternidad propia, a la que bautizó, con cínica crueldad, con el nombre de la maternidad por antonomasia en los años 70: la Sardá.

Como recuerda Andrea Cobas Carral (justamente en una nota al pie): para Chamorro, el director de la ESMA, esa habitación minúscula era una “pequeña Sardá” o una “Sardá por izquierda” (y acaso se dé acá una figura traslaticia: donde los valores ideológicos de la izquierda y la derecha se invierten; pero también tal vez estemos acá ante un *lapsus* del director de la ESMA: una Sardá por *izquierda*, sí, como se dice de la siniestra, de la mano izquierda, que configura entonces lo siniestro y la confirma –en consecuencia– como una habitación aciaga y aterradora).

Y creo que podríamos concentrar, en esa y con esa pequeña y a la vez monstruosa maternidad, el doble sentido del término, que el libro de Cobas Carral nos permite recuperar: porque la maternidad, que marca a fuego los relatos de los hijos y de las hijas, es a un tiempo el espacio ¿preparado? para dar vida; y una condición, pero a la vez también una acción militante, que vincula a una mujer con su descendencia.

Julio Schvartzman cierra su libro *Microcrítica*, de 1996, con una impactante coda, titulada “Una marca”:

Noviembre de 1976.

Mientras desde el patio de la Maternidad Sardá algunas ambulancias partían con un botín de recién nacidos a los que se acababa de amputar su pasado, en la sala de espera, día a día, las empleadas voceaban un llamado que, en su brutal inconciencia, nombraba el procedimiento. Pretendiendo convocar a una primera atención médica a quienes aún no se habían inscripto en las fichas del registro clínico, llamaban: “A ver, aquí, los niños sin historia”.

Hacía tiempo que alguien había acuñado la desdichada frase, ya impuesta, allí, por el uso. Pero solo a partir de esos meses comenzó a adquirir su sentido exacto. (177)

Aquí, en *Narrar la ausencia*, el libro de Andrea Cobas Carral, se nos muestra con laboriosa, inteligente, aguda claridad conceptual, cómo esos “niños sin historia” intentan conjurar la falta, militando por la escritura la dimensión personal y colectiva de la “experiencia de

pérdida”. Así es como con *Narrar la ausencia*, al analizar el modo en que estos textos elaboran el pasado, Andrea Cobas Carral nos devuelve la perspectiva de un proyecto para el futuro. Porque *nos hace ver* que, como en el juego del carrete de hilo que se suelta y se recoge o en la magia o en los sueños, cada vez que sus madres desaparecen, las hijas y los hijos se las ingenian para hacer que vuelvan a aparecer.

Bibliografía

- » Schvartzman, J. (1996). *Microcrítica. Lecturas argentinas (cuestiones de detalle)*. Biblos.